Aria de Sombras

Carlos Manuel Blanco

Capítulo 1

¡ADVERTENCIA PARA LOS LECTORES!

Para aclarar las advertencias que pueden haber sobre este texto, debo advertir que no es una obra apta para mentes sensibles o demasiado excitables, esta es una obra que en ciertos puntos me ha generado complicaciones e incomodidades ante la reacción tuya, la de propio lector, viéndome obligado a decidir (no sin un gran esfuerzo de mi parte) entre la aceptación del público, por limitado que sea mi público en estos tiempos, o arriesgarme en la creación artística con este texto que ahora lees y que puedo asegurar que, si lo llego a terminar, no va a ser corta. Puedo prometer que, con la cantidad de cosas que pueden surgir en la confección de esta obra, es probable que se alargue más de lo que desearía, aunque en parte desearía que no llegase a tanto.

Pero, echando a un lado eso y concentrándonos en mi advertencia, sólo me limitaré a advertir que esta novela estará cargada de escenas de violencia explícita, grandes cantidades de sangre, escenas un tanto crudas y temas sobre religión (incluyendo pasajes y críticas a las ideas cristianas y a sus autoridades) y sobre política (involucrando elementos sobre el fascismo y menciones a la Unión de Fascistas Británicos, o BUF, además de menciones al NDASP). Temas con los que como autor no simpatizo e ideas que afirmo, tajantemente, no defiendo ni defenderé.

Muchos de los personajes de esta obra existieron en la realidad, en esta obra se ven apariciones esporádicas del Primer Ministro de la Reina Neville Chamberlain, el que después sería su sucesor, Winston Churchill, y el que fue fundador de la BUF, Oswald Mosley. La historia se desarrolla en 1938, un poco después de que los Aliados resolvieran desmembrar Checoslovaquia para entregarla a la Alemania Nazi. Sin embargo los sucesos narrados a partir del inicio de esta novela son totalmente ficticios y el transcurso es totalmente paralelo al desarrollo histórico real.

Este es un camino escabroso, del que prometo guiarte hasta que la tormenta apacigüe, y estás ya advertido del riesgo, pero si sigues dispuesto a emprender el viaje, no me queda otra que desearte que lo disfrutes...

Capítulo 2

-¡Mamá! ¡Levántate mamá! ¡Por favor, levántate! – Le rogaba inútilmente al cadáver que yacía en el suelo.

Era muy pequeña y tenía el rostro sucio, estaba sentada en el suelo, sus pequeños ojos azules estaban enrojecidos por llorar tanto y su voz, suave y lastimera, estaba ronca después de haber gritado por horas, ella ya sabía que el cadáver no se volvería a levantar, por más que se lo rogase y por más que hubiese querido que así fuese. Lo sabía, pero su inocente mente de apenas cuatro años de existencia se negaba a aceptar aquel hecho, y por eso no se había detenido de seguir insistiendo inútilmente. Se apartó un mechón de cabello del rostro, los cuales se suponían rojizos, pero que la grasa y el barro le daban una tonalidad sucia, opaca, fea…la chica parecía que en cualquier momento estallaría a llorar otra vez.

-Mamá… ¿Por qué no te levantas? – Volvió a decirle al cadáver en el suelo, ya casi sin voz.

La estancia no era grande, era sólo un salón iluminado por una única vela que quedaba en un candelabro caído de una mesa que ahora yacía volteada, todo el lugar había sido puesto patas arriba y habían pocos muebles que estuviesen intactos, a lo poco estaban rajados. Afuera era de noche y llovía a cántaros, la estancia era iluminada por los relámpagos que caían en el lugar, y los truenos hacían retumbar las paredes.

Una mano sobre su hombro hizo que ella pegase un respingo y se girara, despegando la vista del cadáver, al girar lo que vio fue a un hombre, mucho más grande que él, vestido con un fino traje negro, con el cabello de un color negro o gris plomizo. Pero lo que ella pudo recordar de aquel hombre fueron sus ojos…aquellos ojos de color dorado la miraban con comprensión, con dolor, era como si aquella mirada entrase en el alma de ella y fuese capaz de ver el sufrimiento, la herida que tenía ahora en ella, que sangraba profusamente en su interior. Desde ese día supo que esa mirada no la olvidaría nunca en su vida.

-Mamá no se levanta…mamá no se levanta… - le dijo lastimera mirando a aquel hombre a los ojos.

Éste no le dijo nada, sólo se limitó a rodearla con los brazos y estrecharla, ella no comprendía aquella reacción, pero sin embargo lo rodeó también con sus bracitos, ella apoyó el mentón en el hombro de aquel hombre, se suponía que era un desconocido, que a los desconocidos no se les da confianza de buenas a primeras, que había que cuidarse de ellos, era lo que mamá siempre decía…pero ella simplemente correspondió al abrazo,

sin saber qué hacer.

-Haga que se levante… ¿Puede hacerlo? ¿Puede hacer que mamá se levante? – El hombre se quedó en silencio tras una petición tan inocente y triste, cerró los ojos y una lágrima bajó por su mejilla hasta el mentón.

-No puedo…me gustaría hacerlo…pero ya no puedo – le respondió murmurando.

El rostro de la niña comenzó a contraerse y a describir una mueca de dolor, como si estuviese a punto de llorar otra vez, era eso lo que ella no quería escuchar, no era posible pensar que mamá no se volvería a levantar nunca más del suelo, no podía ser verdad, no podía ser…la niña comenzó a sollozar de tan sólo pensarlo.

-P-por favor, haga…haga que mamá se levante… ¡Por favor! – El hombre se apartó de ella y la tomó de los hombros, mirándola fijamente a los ojos.

-Tu mamá no volverá a levantarse –la chica lo miró con una expresión que mostraba ira, desesperación, resentimiento, miedo, dolor…había tanto en aquella mirada que era muy difícil de describir.

De la nada apartó los brazos de aquel hombre y comenzó a golpearlo una y otra vez con ellos, dolida y furiosa - ¡No es cierto! ¡No es cierto! ¡Maldito! ¡No es cierto! – le decía mientras el hombre se cubría de las arremetidas de la niña, en completo silencio, sin responder en ningún momento a lo que ella hacía. Finalmente ella empujó al hombre, se giró, corrió a gatas hasta llegar a una esquina y sentarse en ella de espaldas, tapándose los ojos con las manos para comenzar a llorar.

El hombre se levantó y se sacó el polvo de los pantalones sacudiéndolos, respirando hondo ante la escena que observaba, sin saber qué decir al respecto. De repente alguien entró en la sala, un joven de cabello rubio ondulado, que miraba a los dos con una sonrisa maliciosa, el muchacho estuvo a punto de decir algo, pero el mayor lo cortó antes de que pudiese pronunciar palabra.

-¡Claude, fuera! – El muchacho lo observó, primero se mostró sorprendido, luego su mirada pasó a una de indignación, su mirada era de una malicia inherente y notoria, tal que quizá podría generar miedo a cualquier persona, estuvo a punto de decir algo, pero el otro, que no parecía temerle, porque lo miraba directo a los ojos, lo volvió a cortar - ¡Te he dicho que fuera!

Claude, aunque molesto, hizo una leve reverencia, a modo de mofa obviamente, y se retiró de la sala. Una vez que Claude se retiró, el hombre se acercó a la niña en la esquina y se acuclilló junto a ella,

poniéndole una mano sobre el hombro, la chica no se resistió, pero sin embargo se negaba a mirar al hombre que la observaba en silencio.

-No se puede hacer nada, por más que me gustaría… - él apartó la vista – lo que la Muerte se lleva nunca lo regresa, lo aprendí hace muchos años antes que tú.

La niña sólo se limitó a sorberse la nariz, aún las lágrimas caían de sus párpados hasta las mejillas. El hombre se metió la mano en su saco y sacó un pañuelo, secándole las lágrimas a la pequeña y dándoselo para que se sonara la nariz.

-Lo que la Muerte se lleva nunca regresa – la tomó delicadamente del rostro e hizo que los ojos directamente, había un brillo extraño en los ojos ambarinos de aquel hombre, más allá del brillo dorado natural, era un brillo que salía directamente de su alma, un brillo de algo que aún ardía en su corazón y de lo que jamás se libraría: Rabia.

-Y lo que se quita en la Tierra tiene su precio, el cual tarde o temprano se ha de pagar – él acercó el rostro a ella y le murmuró – Ellos te quitaron a tu madre… ¿Tienes idea de cual es el precio…?

-¡Mamá! ¡Levántate mamá! ¡Por favor, levántate! – Le rogaba inútilmente al cadáver que yacía en el suelo.

Era muy pequeña y tenía el rostro sucio, estaba sentada en el suelo, sus pequeños ojos azules estaban enrojecidos por llorar tanto y su voz, suave y lastimera, estaba ronca después de haber gritado por horas, ella ya sabía que el cadáver no se volvería a levantar, por más que se lo rogase y por más que hubiese querido que así fuese. Lo sabía, pero su inocente mente de apenas cuatro años de existencia se negaba a aceptar aquel hecho, y por eso no se había detenido de seguir insistiendo inútilmente. Se apartó un mechón de cabello del rostro, los cuales se suponían rojizos, pero que la grasa y el barro le daban una tonalidad sucia, opaca, fea…la chica parecía que en cualquier momento estallaría a llorar otra vez.

-Mamá… ¿Por qué no te levantas? – Volvió a decirle al cadáver en el suelo, ya casi sin voz.

La estancia no era grande, era sólo un salón iluminado por una única vela que quedaba en un candelabro caído de una mesa que ahora yacía volteada, todo el lugar había sido puesto patas arriba y habían pocos muebles que estuviesen intactos, a lo poco estaban rajados. Afuera era de noche y llovía a cántaros, la estancia era iluminada por los relámpagos que caían en el lugar, y los truenos hacían retumbar las paredes.

Una mano sobre su hombro hizo que ella pegase un respingo y se girara, despegando la vista del cadáver, al girar lo que vio fue a un hombre,

mucho más grande que él, vestido con un fino traje negro, con el cabello de un color negro o gris plomizo. Pero lo que ella pudo recordar de aquel hombre fueron sus ojos…aquellos ojos de color dorado la miraban con comprensión, con dolor, era como si aquella mirada entrase en el alma de ella y fuese capaz de ver el sufrimiento, la herida que tenía ahora en ella, que sangraba profusamente en su interior. Desde ese día supo que esa mirada no la olvidaría nunca en su vida.

-Mamá no se levanta…mamá no se levanta… - le dijo lastimera mirando a aquel hombre a los ojos.

Éste no le dijo nada, sólo se limitó a rodearla con los brazos y estrecharla, ella no comprendía aquella reacción, pero sin embargo lo rodeó también con sus bracitos, ella apoyó el mentón en el hombro de aquel hombre, se suponía que era un desconocido, que a los desconocidos no se les da confianza de buenas a primeras, que había que cuidarse de ellos, era lo que mamá siempre decía…pero ella simplemente correspondió al abrazo, sin saber qué hacer.

-Haga que se levante… ¿Puede hacerlo? ¿Puede hacer que mamá se levante? – El hombre se quedó en silencio tras una petición tan inocente y triste, cerró los ojos y una lágrima bajó por su mejilla hasta el mentón.

-No puedo…me gustaría hacerlo…pero ya no puedo – le respondió murmurando.

El rostro de la niña comenzó a contraerse y a describir una mueca de dolor, como si estuviese a punto de llorar otra vez, era eso lo que ella no quería escuchar, no era posible pensar que mamá no se volvería a levantar nunca más del suelo, no podía ser verdad, no podía ser…la niña comenzó a sollozar de tan sólo pensarlo.

-P-por favor, haga…haga que mamá se levante… ¡Por favor! – El hombre se apartó de ella y la tomó de los hombros, mirándola fijamente a los ojos.

-Tu mamá no volverá a levantarse –la chica lo miró con una expresión que mostraba ira, desesperación, resentimiento, miedo, dolor…había tanto en aquella mirada que era muy difícil de describir.

De la nada apartó los brazos de aquel hombre y comenzó a golpearlo una y otra vez con ellos, dolida y furiosa - ¡No es cierto! ¡No es cierto! ¡Maldito! ¡No es cierto! – le decía mientras el hombre se cubría de las arremetidas de la niña, en completo silencio, sin responder en ningún momento a lo que ella hacía. Finalmente ella empujó al hombre, se giró, corrió a gatas hasta llegar a una esquina y sentarse en ella de espaldas,

tapándose los ojos con las manos para comenzar a llorar.

El hombre se levantó y se sacó el polvo de los pantalones sacudiéndolos, respirando hondo ante la escena que observaba, sin saber qué decir al respecto. De repente alguien entró en la sala, un joven de cabello rubio ondulado, que miraba a los dos con una sonrisa maliciosa, el muchacho estuvo a punto de decir algo, pero el mayor lo cortó antes de que pudiese pronunciar palabra.

-¡Claude, fuera! – El muchacho lo observó, primero se mostró sorprendido, luego su mirada pasó a una de indignación, su mirada era de una malicia inherente y notoria, tal que quizá podría generar miedo a cualquier persona, estuvo a punto de decir algo, pero el otro, que no parecía temerle, porque lo miraba directo a los ojos, lo volvió a cortar -¡Te he dicho que fuera!

Claude, aunque molesto, hizo una leve reverencia, a modo de mofa obviamente, y se retiró de la sala. Una vez que Claude se retiró, el hombre se acercó a la niña en la esquina y se acuclilló junto a ella, poniéndole una mano sobre el hombro, la chica no se resistió, pero sin embargo se negaba a mirar al hombre que la observaba en silencio.

-No se puede hacer nada, por más que me gustaría… - él apartó la vista – lo que la Muerte se lleva nunca lo regresa, lo aprendí hace muchos años antes que tú.

La niña sólo se limitó a sorberse la nariz, aún las lágrimas caían de sus párpados hasta las mejillas. El hombre se metió la mano en su saco y sacó un pañuelo, secándole las lágrimas a la pequeña y dándoselo para que se sonara la nariz.

-Lo que la Muerte se lleva nunca regresa – la tomó delicadamente del rostro e hizo que los ojos directamente, había un brillo extraño en los ojos ambarinos de aquel hombre, más allá del brillo dorado natural, era un brillo que salía directamente de su alma, un brillo de algo que aún ardía en su corazón y de lo que jamás se libraría: Rabia.

-Y lo que se quita en la Tierra tiene su precio, el cual tarde o temprano se ha de pagar – él acercó el rostro a ella y le murmuró – Ellos te quitaron a tu madre… ¿Tienes idea de cual es el precio…?